

**García Mouton, P. (2021). *Cómo hablan las mujeres* (3ª edición).  
Arco Libros.**

Fernando Pérez Rodríguez

Universidad Nacional Autónoma de México en Los Ángeles

fperez@unamla.org

ORCID: 0009-0005-5712-2150

La tercera edición de *Cómo hablan las mujeres*, obra publicada por primera vez en 1999, constituye una sólida base para quienes ahora deseen profundizar en un tema que ha cobrado cada vez más relevancia en el debate público. Me refiero en particular al uso del lenguaje inclusivo, que se ha posicionado lentamente en el ámbito de los medios de comunicación, los discursos gubernamentales y, necesariamente, en el académico, no sin muestras de una gran resistencia por parte de detractores.

Si bien Pilar García Mouton deja claro que en este libro no hablará de sexismo, explica aspectos que hoy nos permiten comprender mucho mejor cómo los roles sociales (condicionados por el contexto patriarcal), así como la instrucción (diferenciada y limitada), o la falta de ella, han determinado a lo largo de los siglos formas y usos particulares que se reflejan en la lengua de hombres y mujeres. Esto a través de investigación y lecturas exhaustivas, centradas en el aspecto lingüístico, pero con una visión interdisciplinaria que va desde la antropología y la sociología hasta la psicología.

A lo largo de cinco capítulos, la autora presenta ordenadamente diversas consideraciones sobre las diferencias diacrónicas, diatópicas, diastráticas y diafásicas entre el habla masculina y femenina. En su primer capítulo, “La mujer en la sociedad”, por ejemplo, nos remonta en la historia hasta vislumbrar la raíz de esta distinción: los roles establecidos para cada sexo; la restricción al ámbito hogareño de la mujer y su sumisión al hombre inculcada desde los preceptos bíblicos. Esta circunscripción conllevaba una consecuente educación o instrucción restringida y diferenciada, que mantuvo un mismo orden social por siglos. El paseo histórico está ricamente ilustrado con varios casos que confirman o marcan la excepcionalidad de esta tendencia en distintas comunidades lingüísticas, como lo es la de los indios koasati en América del Norte o la de sor Juana Inés de la Cruz en la Nueva España del siglo XVII. De este modo se dilucida con claridad el porqué del anal-

fabetismo desproporcionado entre hombres y mujeres, que solo ha comenzado a disminuir a partir el siglo XX con el acceso de ellas al trabajo remunerado, la educación superior y el acceso a los medios de comunicación.

Y es justo entonces, ante esos cambios relativamente recientes, cuando se comienza a adaptar el léxico a las nuevas realidades sociales, como plantea García Mouton en su segundo capítulo, “Mujeres y género”. En particular, esto se nota en las denominaciones de títulos masculinos, que vacilan en adaptarse y aceptarse por completo como términos femeninos (*la médico, la médica, la doctora; la torero, la mujer torera*, por mencionar solo algunos ejemplos). Pero la exposición de la autora no se limita a abordar tales adaptaciones como un asunto de mera concordancia gramatical en español (que bien podría considerarse más restrictivo en comparación con el inglés y más flexible ante el francés, según su propio apunte), sino como un aspecto que concierne a toda la sociedad; su análisis revisa actitudes y posturas, incluso de mujeres, respecto de los nuevos términos femeninos. Al final, la autora vislumbra que con el tiempo se aceptarán los cambios con mayor normalidad y se abandonarán las posiciones anquilosantes.

En el tercer capítulo, “Cómo habla la mujer en el campo. Los dialectólogos”, la profesora García Mouton se centra en revisar los resultados de las primeras investigaciones y estudios dialectológicos que en España se realizaban exclusivamente con informantes varones. Esto llama la atención, pero se explica por el modo de interacción rural de mediados del siglo XX y porque los mismos investigadores eran exclusivamente hombres. Así, en su búsqueda de rasgos arcaizantes, ellos crearon cuestionarios a partir de una visión masculina, orientados hacia las labores del campo y no hacia el mundo doméstico. Sin embargo, la autora hace ver que, si las mujeres no salían de los pueblos ni tenían mucha instrucción, esto las colocaba en una posición de ventaja como informantes dialectales, ya que preservaban mejor el habla de las personas mayores. De ahí que ella misma haya propiciado la actualización de las metodologías, lo que se refleja en su *Atlas lingüístico y etnográfico de Castilla-La Mancha*. Algunos resultados que contrastan con los de los primeros estudios están en estrecha relación con la influencia de los medios de comunicación, en especial la pronunciación castellana de la /s/ frente a la aspiración andaluza; la confusión y neutralización de /r/ y /l/ finales de sílaba, así como el yeísmo. Viene entonces la disquisición de la autora sobre las nociones de *norma, prestigio y corrección*, que relaciona con comportamientos lingüísticos. Es así como describe las diferencias o tendencias específicas según el sexo y atribuye al habla de las mujeres un carácter tanto innovador como conservador, pero no sin argumentar convincentemente.

Por otra parte, el estudio de comunidades lingüísticas que luego de la Segunda Guerra Mundial se dio en Estados Unidos, obligó a considerar más factores en la

investigación: edad, educación, clase social, ingresos e, incluso, raza. Así llega la autora a su cuarto capítulo, “La mujer en la ciudad (y fuera de ella). Los sociolingüistas”, en el que hace ver cómo las mujeres desempeñan un papel activo en el cambio lingüístico, al tiempo que son más normativas que los hombres. Podemos ver las nuevas nociones que entran en juego (*autocorrección*, *ultracorrección* e *inseguridad lingüística*) y entendemos cómo la presión social se combina con la interdicción lingüística para que las mujeres copien un habla con rasgos de prestigio que escalan su estatus social frente al que ya detentan los hombres (en el habla femenina ha sido sancionado socialmente el uso de argot, maldiciones y palabras groseras). En esa línea, García Mouton ejemplifica cómo el rehilamiento porteño (pronunciación de /ll/ y /y/) fue resultado de un fenómeno propiciado por las mujeres; si bien, ellas también han frenado el mantenimiento o pérdida de /s/ final o la relajación y elisión de la /d/ entre vocales. Así, sin generalizar, sino tomando en cuenta otros factores combinados con el sexo, presenta los derroteros que ha seguido el cambio lingüístico.

Cierra García Mouton en su quinto apartado, “Cómo hablan las mujeres y ‘cómo deberían hablar’”, haciendo una distinción entre *estereotipos* y *marcas de habla*; es decir, se detiene a observar aquellas adjudicaciones al habla de cada sexo tratando de separarlas de los hechos. Que la mujer habla demasiado, que no sabe guardar secretos, mientras que los hombres son inexpresivos o poco comunicativos, resultan estereotipos que han sido asimilados por la conciencia colectiva y perpetuados por la literatura o los dichos. Estos influyen en las creencias y actitudes lingüísticas y mantienen patrones de conducta interiorizados, que incluso celebran algunas mujeres: ellas hablan poco, hablan correctamente, no gritan, sugieren y no ordenan, no interrumpen, no preguntan directamente; en contraposición con los hombres, que hablan fuerte, dan órdenes, hablan primero y tienen la última palabra. Lo interesante del recuento es notar que estos factores culturales influyen en las marcas de habla relacionadas con el sexo que tienen una base fisiológica (tono, timbre, potencia); se espera que la voz aguda o voz grave compagine con los modelos sociales aceptados. En consecuencia, la autora apunta que generalmente la mujer pronuncia más de acuerdo con la norma prestigiosa y no omite sonidos que el hombre tiende a perder. Pero la argumentación no para ahí. Respecto del léxico, García Mouton advierte que la mujer adopta palabras nuevas como un signo de refinamiento. Para ilustrar los usos más recurrentes en las mujeres enumera las fórmulas de cortesía, los eufemismos, los diminutivos y otros intensificadores que marcan expresividad (estrategias de excusa, preguntas de apoyo o aprobación del interlocutor). No es raro entonces que haya investigaciones sobre las dificultades de comunicación entre hombres y mujeres debido a sus estrategias discursivas. Ahora bien, remarca la autora, la tendencia de las

mujeres a manifestar mucho menos violencia y a emplear el diálogo para resolver conflictos podría estar vinculada a la forma más igualitaria en que han tenido que comunicarse entre ellas. Y es también notoria la forma en que las mujeres usan el lenguaje marcado como femenino para romper con la presión social, transgredir y eliminar las diferencias con el lenguaje dominante.

Los últimos capítulos corresponden a “Ejercicios” (con 19 preguntas que se responden en el apartado de “Soluciones” con referencias a las páginas específicas dentro de la obra) y “Bibliografía”, que solo engloba títulos pertenecientes al siglo XX; es decir, para esta tercera edición no se modificó el trabajo con la inclusión de nuevas referencias. Pero es precisamente este contraste entre lo que vemos hoy y la exposición que García Mouton ya había presentado hace un par de décadas lo que cobra más relevancia. Quienes realicen la lectura podrán ir en búsqueda de las muchas investigaciones derivadas de esta lúcida obra de divulgación, que retoman lo expuesto en torno a la relación íntima que existe entre la lengua y las conductas sociales diferenciadas.